

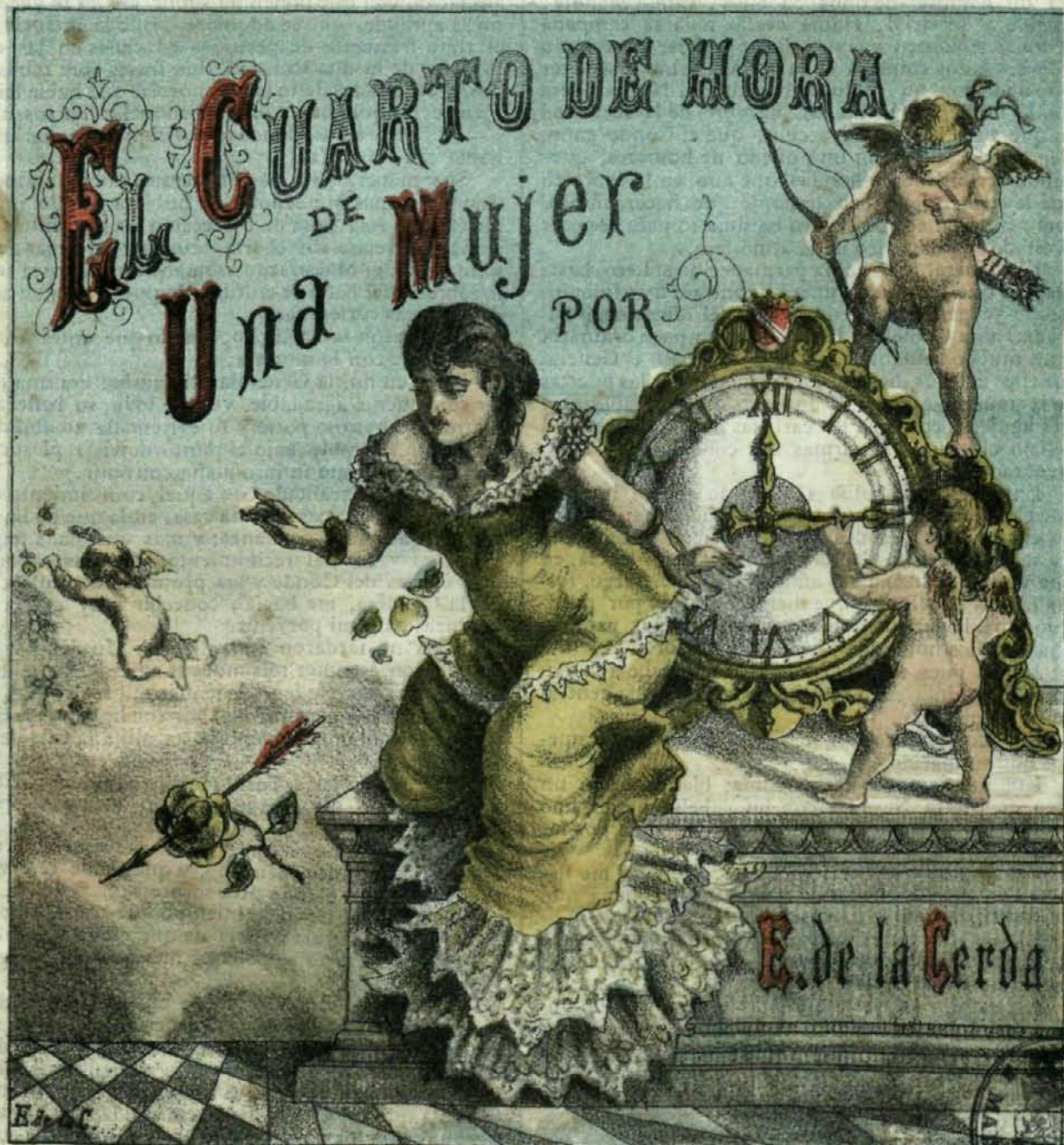


SE PUBLICA LOS DIAS 15 Y 30 DE CADA MES

PRECIOS
N.º corriente, 15 cént; N.º atrasado, 25
A los correspondientes, mano de 25 ejemplares, 2,50
pesetas.—PAGO ADELANTADO.

Madrid 30 de Diciembre de 1884

Se admiten suscripciones en toda España abonando
anticipadamente 12 ejemplares, por 1'50 ptas.—La co-
rrespondencia, reclamaciones y pedidos al administrador
D. GUILLERMO OSIER, Espíritu Santo, 18, Madrid.



EL CUARTO DE HORA DE UNA MUJER

POR EMILIO DE LA CERDA

Acababa de llegar á Madrid. Tenía veintidós años y era tan pobre de bolsa como rico en ilusiones y esperanzas.

Entre las cartas de recomendación que me proporcionaron en mi provincia, una, la que me interesaba más utilizar, estaba dirigida al general, á la sazón de cuartel, D. Nemesio Riojambre, nombre que ha desaparecido del escalafón hace muchos años, y que sería difícil á nadie encontrar entre los de los oficiales generales que han sido dados de baja definitivamente en el ejército de los vivientes.

El General, á quien mi tío Lúcas me recomendaba como á un antiguo camarada é íntimo amigo, era un hombre de unos 54 años, campechanote, amable y servicial. Había hecho toda la campaña de los siete años; y por su valor y pericia, mereció no sólo los altos empleos de la milicia, sino hasta ser agraciado con un título nobiliario. D. Nemesio era conde de Peñas-Quebradas, nombre de la localidad en que tuvo lugar una acción, que el Conde ganó, siendo brigadier, con un puñado de hombres, quedando acibillado de heridas, que aún en la época en que le conocí, le daban bastante que hacer, siendo, como él decía, el más seguro barómetro para conocer el estado higrométrico de la atmósfera.

El General, que había permanecido soltero hasta después que terminó la guerra, contrajo matrimonio, siendo ya general, con una joven del Maestrazgo llamada Julita Comellas, linda chica, un poco ordinaria y un mucho romántica, en cuya casa pasó el General aquellos aciagos días en que se encontró á las puertas de la muerte á causa de los diez ó doce sablazos y tres agujeros con que los carlistas bordaron sobre su pellejo el escudo de armas del condado de Peñas-Quebradas.

Entonces tenía Julita 13 años, lo que no impidió que el general se enamorase de la muchacha; y cuando cuatro años después ascendió, siendo nombrado segundo cabo de la Capitanía general de Valencia, en una visita que hizo á sus amigos del Maestrazgo, formalizó las relaciones, que dieron en breve por resultado una boda, que nunca pudieron soñar para su hija aquellos honrados y oscuros labradores.

Julita, pues, se vió Condesa de la noche á la mañana, y segundo cabo hembra de la Capitanía general de su propio país.

Cuando yo la conocí, tenía 40 años, catorce menos que su marido.

Era una jamona hermosísima; blanca como un pico de Sierra Nevada, con un cabello negro, fino como seda, y rizado como un mar alborotado por las brisas.

Era gruesa, pero relativamente esbelta, y me llevaba lo menos dos dedos de estatura: una buena moza, en fin, en toda la extensión de la palabra.

El General había depositado en ella una absoluta confianza, á la que las malas lenguas de Madrid, decían no había faltado jamás.

Así es, que con su natural franqueza y buen humor, D. Nemesio, tan pronto como á él fuí presentado, me condujo á la presencia de Julita, á la que se complacía en nombrar siempre por su título, y me presentó á ella en los términos siguientes, que como se verá, no eran los de ritual en las presentaciones de esta clase:

—Condesa, la dijo, aquí tienes á este pollo que me envía muy recomendado mi camarada Lúcas, á quien conociste el año pasado cuando fuimos á Alhama, tanto él como yo, á aliviarnos de estos antiguos recuerdos de campaña. Ahí te lo entrego para que lo desasnes; viene hecho todo un provinciano cursilón y tímido, y es preciso que le hagas soltar el pelo de la dehesa. Y adios, que yo me voy al café á murmurar del Ministro de la Guerra con otros cuantos inválidos. Usted, pollo, tiene aquí su casa, un plato siempre en la mesa y cien duros disponibles para un apuro. De lo demás, me encargo yo que no en vano apela á mi ese buen camarada Lúcas, el *Tigre del escuadrón* como le llamábamos cuando él era teniente y yo andaba ya con las dos charreteras sobre los hombros.

El General salió, dejándome solo con Julita.

La verdad: no me pareció la Generala un tipo acabado de finura; su conversación adolecía de cierta afectación con que pretendía suplir ese *no sé qué* que no se aprende, que se adquiere desde la infancia en el trato frecuente de personas educadas en las costumbres de la alta sociedad. Sus frases eran rebuscadas, y recortadas de todas las novelas que había leído, y entre las que había oído pronunciar en los altos círculos cortesanos, donde la posición de su marido la había dado entrada.

Sus maneras, sus posturas eran también estudiadas; actriz más que señora, no hubiera podido imputársele una sola falta de corrección en su trato, y sin embargo, veíase allí el arte ocupando el lugar de la naturaleza: el Maestrazgo asomaba aún la tosca frente sobre aquel baño de cultura, después de veinte años de prácticas cortesanas.

Con razón se ha dicho, que lo que entra con el capillo sale con la mortaja.

Pero, en fin, la Generala Riojambre era una mujer sumamente agradable, y sobre todo, su belleza de matrona, su airoso porte y su extremada amabilidad, la hacían adorable bajo el punto de vista plástico y por lo que al trato íntimo podía convenir.

Yo estaba encantado con aquel conocimiento que me abría las puertas de una casa, en la que podía entrar con absoluta confianza; y más que nada, aquel afectuoso y cordial recibimiento, aquellas espontáneas ofertas del Conde y las promesas de protección de la Condesa, me hacían concebir muy gratas esperanzas para mi porvenir.

Estas no tardaron en realizarse. Un día que me convidaron á comer mis nuevos amigos, hallé bajo la servilleta una credencial de diez mil reales que, por el pronto, iba á permitirme vivir con holgura sin acudir tan repetidamente como hasta allí á la caja de mi tío Lúcas.

—Eso es para hacer boca, me dijo el General cuando le expresé mi agradecimiento; más tarde será otra cosa.

Y como íbamos á comer, creí que aquél era una especie de pepinillo encurtido, y que se me reservaba para los postres alguna otra sorpresa.

En efecto; el Conde, al tiempo que tomábamos el café, me dió la grata noticia de que me había conseguido una cruz, no sé por qué méritos, que yo ignoraba, y añadió:

—Aunque tiene Vd. el pellejo entero y no cuadran bien cruces en pechos que no tienen cicatrices, en este pícaro Madrid, donde á veces un cintajo hace doblar la espina á esos porteros que no se inclinarían ante una eminencia del saber, se necesita algo en el ojal de la levita que vaya pregonando la calidad distinguida del que cruza las mamparas de los ministerios; y como

usted necesitará muchas veces entrar y salir por ellas, bueno es que lleve Vd. ese distintivo para que no se le atravesase en el camino algún galoneado cancerbero.



Mis visitas á los Condes de Peñas Quebradas eran casi diarias.

Cuando faltaba alguna vez, recibía de los labios de la Condesa una suave amonestación, y tanta amabilidad me obligaba á hacerla todos los días la tertulia, por la tarde especialmente, después de comer, porque en la casa seguía la antigua usanza de volcar el puchero á las dos.

Aquel trato íntimo, diario, constante; aquella franqueza con que yo entraba y salía á cualquier hora; la frecuencia con que la Condesa me rogaba la acompañase á las tiendas, al palco cuando iba con el General al teatro, en la carretela cuando iban al Retiro, fué engendrando en mí hacia Julita un afecto tiernísimo que estaba muy lejos de parecerse al afecto filial del joven que vé reemplazados por los de otra mujer, el cuidado y el cariño de la madre que perdiera. Yo me confesaba á mí mismo con terror, que empezaba á amar á la Condesa; y digo con terror, porque me precio de agradecido y estándolo cual lo estaba á las bondades del Conde, hubiera sido imposible que abusase de la confianza que se me había otorgado, para intentar ninguna loca aventura con la mujer de mi protector, máxime cuando ella conservaba siempre entre los dos una prudente distancia, dando á todas sus manifestaciones de afecto un marcado carácter maternal, ó de protección, que me hacían conservarme una línea más bajo de su nivel.

Había momentos en que sufría cruelmente.

Recuerdo una noche en que los Condes me habían invitado para ir á un baile con ellos.

Eran las once y aún el General no había vuelto del café.

Julita salía de su tocador cuando yo entré en el gabinete. Estaba espléndida aquella noche. Su hermosa garganta dejaba entrever secretos encantos para mí velados hasta aquel momento. Vestía un traje de gró color amaranito con encajes blancos, que hacía resaltar aún más la deslumbrante nitidez de su cutis de alabastro. Faltábale sólo colocarse las joyas que en gran profusión tenía esparcidas sobre el marmol de la chimenea, para elegir entre ellas las que mejor habrían de sentarle, dado el color del traje.

Al fin se decidió por un collar de brillantes y rubíes que cuadraba perfectamente con el amaranito del vestido y lo blanco de las blondas.

Volvióse hacia mí, que la miraba embebecido desde la butaca donde había tomado asiento, y díjome sin coquetería y con la expresión de franqueza de la mujer de edad madura, que trata en niño al hombre de cuya inocencia no desconfía:

—Manuel, quiere Vd. abrocharme este collar? Tiene el muelle tan duro....

—Con mil amores, contesté levantándome precipitadamente.

Como en la operación debían indispensablemente de rozarse mis dedos con su cuello, yo no sé cómo expresar lo que sentí cuando llegó este caso. Un estremecimiento involuntario recorrió todo mi cuerpo, y hube de contenerme y recordar el respeto que debía á mis protectores para no cometer una barrabasada.

Mi emoción no debió pasar desapercibida para la Condesa, que con benévola sonrisa me dió las gracias, al mismo tiempo que con su perfumado pañuelo de encajes me daba un ligero golpecito en las mejillas.

Después del collar vino la pulsera, y me rogó que completase el favor abrochándosela. El muelle era fuerte y me obligaba á hacer tomar á su brazo diferentes posturas, algunas de las cuales le ponían al alcance de mis labios.

Entonces, sin ser muy fuerte en física, vi prácticamente explicada toda la teoría de los imanes, y necesité poner en mis manos mayor fuerza magnética que poseía mi boca, para que aquel acero bruñido de su brazo escapase á la atracción que insensiblemente lo arrastraba hacia el polo imantado de mis labios.



La Condesa me daba á menudo bromas con algunas jóvenes, con quienes, por su mediación, había hecho conocimiento.

Yo siempre, y con verdad, rechazaba aquellas supuestas inclinaciones, y eran muy frecuentes con este motivo diálogos animados entre ambos, en los que, á mi pesar, dejaba traslucir la secreta pasión que me consumía.

—¿Qué le pareció á Vd. anoche la de Ursina, me decía Julita clavando en la mía su mirada escrutadora; estaba divina en el palco del Real, ¿verdad?

—No me fijé, señora, la contesté.

—¿Cómo no, si no se le cayeron á Vd. los gemelos de la mano?

—Pues nada, no era á ella á quien miraba; era al Presidente del Consejo de Ministros...

—¡Calla! ¿Le gusta á Vd. el Presidente del Consejo? exclamaba riendo á más y mejor la Condesa.

—No señora; pero no le conocía, y como en provincias he oído hablar tanto de él.... tenía curiosidad....

—Vamos, pues entonces miraba Vd. á la de Echegarribá, esa rubia tan guapa que estaba con su hermana y su cuñado en el palco inmediato.

—Yo no miro á las mujeres, señora, contestaba al fin.

—¿Pues qué? ¿á los hombres?....

—Á una mujer, Condesa, y á ella no tengo necesidad de mirarla con gemelos; la veo aquí dentro, en el corazón.

—¡Hola hola! ¿Con que el caballerito está enamorado y nada me ha dicho hasta ahora? Vamos, sea Vd. franco, expontanéese Vd. conmigo como si fuera con su propia madre. Vaya. ¿Quién es ella?

—Señora, es casada; mi pasión es una pasión criminal, y yo debo encerrar mi secreto dentro de mi alma.

—¡Casada! Malo; malo, Manolito; esas pasiones deben de hacer sufrir horriblemente. El hombre ha de aspirar á la posesión absoluta, exclusiva de la mujer que ama; pero el amor compartido, sobre todo cuando uno de los partícipes tiene derechos indiscutibles sobre el objeto amado, constituye un sufrimiento, lo mismo para la mujer, que para el hombre. Huya Vd. de ese amor, Manuel, que le hará desgraciado.

—¡Oh! bien quisiera; pero hay lazos que me retienen atado á mi pasión. y que no puedo romper.

—Y ella sabe.....

—Ni lo sabrá nunca.

—¿Entonces, que espera Vd.?

—¡Nada!

—¡Sublime abnegación! amor sin esperanza.....

—Me basta con amarla... y respetarla.

Desde aquella conversación, noté un cambio muy marcado en el trato de Julita.

A la ingenua franqueza que antes usaba conmigo, remplazó cierta expresión de reserva melancólica; sus ojos, que hasta entonces se fijaban en mí con una confianza extremada, ahora se clavaban con languidez, ó apartaban la mirada como llenos de rubor.

Yo, inexperto muchacho, poco ducho en las lides del amor, no comprendía el lenguaje de aquellos ojos.

Sentía, sí, que sus miradas me enloquecían cada vez más; que entre aquella mujer y yo se establecía una corriente simpática muy diferente de la que establece una pura amistad entre un hombre y una mujer.

—¿Me amará ella? me preguntaba cándidamente.

Nada, sin embargo, me denotaba que mi pasión fuera correspondida. La presión de su mano cuando nos despedíamos era igual á la de antes; sus conversaciones conmigo no me daban pie alguno para suponer que la Condesa deseara una declaración explícita de mis sentimientos.

Cuando me hallaba solo, y frente á frente con mi insensato amor, desahogaba mi corazón expresando en sentidos versos mis íntimas penas.



Entonces compuse un poema titulado *Gratitud y amor*, que leí en una sesión literaria de un círculo que yo frecuentaba, y que la prensa encomió mucho, copiando estrofas enteras.

Sin embargo de repetidas instancias que me hicieron algunos amigos, y hasta de ofertas que recibí de editores que deseaban darlo á la estampa, decidí dejarlo inédito. Temía (tan transparentes eran las alusiones), que la Condesa, el mismo Conde, penetrasen en el fondo de mi pensamiento. Esto me avergonzaba.

—Lindo papel, decía yo, el de un joven á quien protege un honrado militar, y paga sus favores cortando en verso á la mujer. No, yo soy más noble que eso, y no daré motivo al General para que sospeche que ha abrigado un infame en su casa.

A este estado habían llegado las cosas el día siguiente á aquel que leí el citado poema.

Yo no había repasado los periódicos, ni sabía que se hubiesen ocupado de mi trabajo literario.

Por la tarde, según mi costumbre hacía dos meses, es decir, desde mi presentación en casa del General, fui á hacerles mi visita cotidiana.



El buen General se disponía á salir hacia el café de La Iberia, donde se reunía su tertulia. Estrechóme la mano diciéndome con aquel vocejón enérgico que aún recordaba los tiempos en que mandaba á regimientos, escuadrones y baterías formar en columna cerrada.

—Pollo, le confío á Vd. la Condesa; procure usted que no se aburra en mi ausencia, porque si nó, vamos á tener tempestad cuando me vea entrar á las doce de vuelta del mentidero de la Carrera de San Jerónimo.

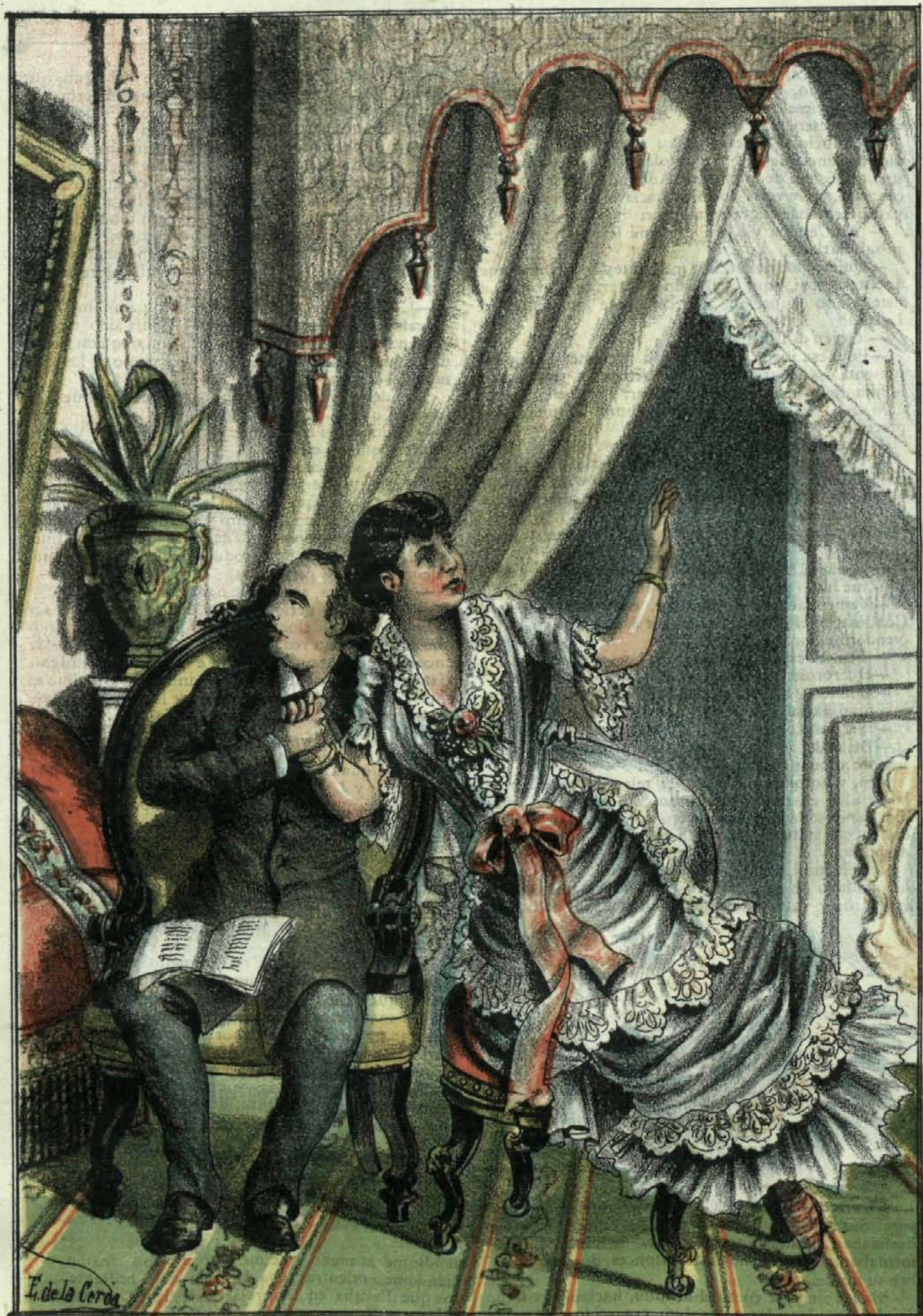
Y dándome dos palmaditas en el hombro y un rico veguero, que me obligó á encender en el suyo, tomó el camino de la escalera, y yo me volví al gabinete á esperar que la Condesa terminase su *toilette*, que comenzara desde que acabó de comer, es decir, desde hacía dos horas.

Eran las siete: el sol, que hasta poco antes había brillado con todo el furor con que brilla en Madrid en el mes de Julio, acababa de ser eclipsado por un negro nubarrón, que rápidamente iba invadiendo todo el cielo, dando á la tarde un tinte sombrío, precursor de una violenta tempestad de esas tan frecuentes en la villa en la estación veraniega. Gruesas gotas se desprendían de las nubes, y de vez en cuando temblaba en el cielo un fugitivo relámpago que teñía de su luz violeta las oscuras paredes del gabinete, tapizadas de gró con arabescos de oro estampados.

Yo hojeaba por la centésima vez un álbum de acuarelas que, encuadernado en roja cabritilla, lucía entre otros varios libros de lujo en un velador de malaquita.

Me aburría solo soberanamente. Pero me resignaba con tal de no faltar á esos deliciosos *tete-á-tetes* pasados todas las tardes con la Condesa, con lo que la demostraba mi gratitud, ya que no otra cosa, por la decidida protección que el General me dispensara desde el día de mi llegada á la corte.

Mientras me hallaba revolviendo álbums y entregas, periódicos ilustrados y ricas ediciones de las últimas obras francesas y catalanas, no sentí que la Condesa había penetrado en el gabinete, y echada de



Un nuevo relámpago hirió con su luz cárdena el retrato del General

brazos sobre el respaldo de la butaca en que me hallaba sentado, se divertía en esperar á que la casualidad me hiciese volver la cabeza para sorprenderme con su presencia.

Denúnciela, á pesar de su silencio, el delicioso olor á esencia de ámbar que siempre la envolvía en una atmósfera de perfumes. Adiviné que se hallaba cerca de mí, y volví los ojos hacia el sitio de donde parecía emanar el gratísimo olor.

—¡Ah! ¿estaba Vd. ahí? exclamé levantándome para saludarla.

—Quietecito, quietecito, me contestó obligándome á sentarme; sí, aquí estaba sin atreverme á distraer á usted de su ocupación. ¿Parece que le gusta á usted Luisita?

—¿Quién es Luisita?

—Pues esa joven que tiene Vd. delante; la que representa esa acuarela, en que el artista ha retratado á la hija de los marqueses del Olivar, y que ella me regaló el día de mi santo para mi álbum. Es una chica preciosa, ¿verdad, Manuel?

—¡Psh! no es fea...

—Vamos, picarón, que ya le gustaría á Vd. más pasar uno de estos ratitos de tertulia que me dedica, al lado de esta chica, que al de una vieja como yo.

—¡Condesa! ..

—No, si yo no me ofendo, hijo, aunque Vd. lo confiese.

—Condesa... ante todo Vd. es muy buena, y á su lado me hallo perfectamente, y en punto á...

—Vamos, acabe Vd., hombre, exclamó riéndose la Condesa; ni el general ha de oír á Vd., ni yo he de ofenderme porque me llame fea.

—¡Fea! Si está Vd. esta tarde...

—Horrorosa ¿verdad?

—Condesa, mi respeto hacia Vd., mi veneración casi filial hacia el General, me prohíben...

—¿Ser franco?

—Dejar de ser hoy lo que hace dos meses vengo siendo: su más respetuoso amigo..

—Sí, y humilde servidor que mis pies besa: ahora la arenilla, el sobre y al correo con la esquila, añadió riéndose la Condesa, pero con una risa que no era en ella natural, un tanto irónica y empapada de despecho.

—¡Dios mío! pensé yo: qué falta he cometido; me he olvidado de celebrarle la bata nueva que estrena esta tarde y, que, seguramente la hace más bella.



En efecto, la Condesa estaba radiante de hermosura. Sus cabellos negros y sedosos, entre los que se deslizaban algunas incrustaciones de hilos de plata, formaban, según la moda de entonces, dos bucles sobre su frente.

Blanca siempre como el armiño, hacíanla parecer de alabastro los olorosos polvos esparcidos sobre las

mejillas, el cuello y una buena parte del seno, que llevaba descubierto por el ancho escote en forma de corazón, de una bata de piqué blanco de seda, guardada de encajes crema, que subían á borbotones desde la cintura hasta la garganta, delineando la amplísima curva de su firme y abundante pecho sostenido y destacado por el estrecho corsé, cómplice de la Condesa en la criminal ocultación de los años. En el nacimiento del escote formaba como á modo de nido de amores un ramo de rosas y heliósopos, y de sus sonrosadas orejas, pequeñas y finas, pendían dos gruesos brillantes que lanzaban rayos de mil colores de sus infinitas facetas.

—Condesa, exclamé queriendo reparar mi falta de galantería aduladora, que me había sido tan recomendada por mi tío, viejo cortesano, tan conocedor de los puntos atacables de una plaza como de los vulnerables de una mujer á la mola.

Condesa, es usted muy injusta; ¿cree Vd. que desconozco que es Vd. adorable?

—Pollo, no es eso lo que yo he exigido de Vd.: yo conozco que mi edad...

—Sí, no se la cambiaría á Vd. por una joven de veinte años... Y esta tarde, sobre todo, hay en Vd. un no sé qué... creo que esa bata la hace á Vd. aún más...

—Bien, Manolito, dejemos eso: ha sido una bromita, un pequeño raptó de vanidad femenil. Quiera Vd. leerme la última producción de Vd., que tanto celebran hoy los periódicos?

—¡Oh! Señora, si no vale nada...

—¡Ah! no; los periódicos de Madrid no suelen ser muy pródigos en elogios con los poetas provincianos que aún no saben redactar para sí mismos sueltos de encomio, que después confían á periodistas amigos. Usted tiene pocos de éstos, y cuando tan unánime es el elogio del poema, buena debe ser la obra. ¿Títulase según creo?... *Gratitud y amor*... ¿no?

—Efectivamente.

—Pues lea Vd., lea Vd. el original, porque sólo conozco algunas estrofas de las que han copiado *Las Novedades* y *La Iberia*.

—Es Vd. muy bondadosa, y sólo por corresponder...

—Vamos, no se haga Vd. el modesto: ya escucho.

Y la Condesa acercó un lindo *puf* á mi butaca, apoyando en el brazo de ésta el suyo torneado, y sosteniendo la barba con la palma de su pequeña mano. En esta posición quedaban nuestras cabezas tan unidas, que el menor movimiento mezclaba nuestros cabellos.

Empecé la lectura de mi pequeño poema, cuya síntesis era la historia de un joven abandonado de la suerte, que halla una protectora en una dama, de la cual se enamora en secreto, y á la que no se atreve á declarar su pasión por temor á un reproche y á la pérdida de la protección que le había dispensado.

A medida que avanzaba en la lectura del poema, la Condesa se enternecía, y en un momento en que descansaba yo de la lectura, después de terminar con estos versos:

Si este delirio á realizar alcanzas,
dorada correrá mi juventud;
si no, que con mis muertas esperanzas,
mi cadáver encierre el ataúd.

tendióme la mano, que me estrechó con efusión, diciéndome, mientras una lágrima más brillante que los que llevaba en las orejas se deslizaba por su mejilla:

—Manuel, ¡cómo comprende Vd. el corazón humano, y eso que es usted tan joven!

—Ah, señora condesa; los poetas somos viejos antes que otros, porque vive más de prisa nuestra imaginación, y ganamos juntos muchos cursos en la ciencia de interpretar los sentimientos.

—Pero... francamente: ¿Usted ha sentido eso que escribía? añadió la condesa sin abandonar mi mano.

—Señora, eso lo sentía Ernesto, el protagonista de mi poema.

—Es que parece que habla Manuel por la boca de ese protagonista.

—Tal vez....

—Y ella.... ella ¿quién es?

—Ya lo ha oído Vd. Laura, una mujer sin corazón para amar; todo corazón para hacer el bien.

—Hacer el bien, es amar.

—Pero no amar como ambicionaba Ernesto ser el amado, con toda el alma, con el cuerpo, con todo el ser; amar confundiendo dos existencias en una, darse en pertenencia al ser amado y consagrarle la vida entera.

—Pero Vd. habrá enternecido á su protagonista, á la bella ingrata y acabará por amar á Ernesto.

—No, señora; Ernesto acaba por suicidarse desesperado, y sin que Laura conozca su amor.

—¡Ah! pues no siga Vd. leyendo: eso es inverosímil, y ya veo que no le han hecho á Vd. justicia los periódicos. Si las mujeres fuésemos periodistas, no podríamos pasar esos *lapses* poéticos.

—¡Lapses!....

—Lapses, sí, porque una mujer no tiene al lado á un hombre que la adora, sin que á la corta ó á la larga deje apercibirse de su amor.

—¡Oh! tanto puede él disimularlo....

—¿Y entonces de qué puede quejarse?

—Y si hay respetos superiores....

—No hay respetos para la pasión verdadera.

La condesa clavó en mí una mirada llena de apasionada languidez.



En aquel momento, la tempestad que ya se había desencadenado, rugía en el cielo con imponente furia. El fragor de los truenos hacía estremecer los cristales del gabinete, y los relámpagos iluminaban la estancia ya bastante oscura. El calor era sofocante y parecía como que se flotaba en una atmósfera impregnada de electricidad. Los cabellos de la Condesa, al ser iluminados por los relámpagos, brillaban como hilos de luz sobre su frente, y de su cutis finísimo parecía desprenderse chispas al ponerse en contacto sus manos con las mías.

De pronto estalló un trueno formidable que conmovió la casa hasta los cimientos.

La condesa horrorizada abrió sus brazos y se estrechó contra mí lanzando un grito. Rodeé su cintura

con mi brazo, y mientras duró la espantosa detonación, nuestros rostros se hallaron confundidos. Después... los labios se buscaron sin conciencia de lo que hacíamos, y exclamamos á un tiempo.

—¡Ernesto!

—¡Mi Laura!



Un nuevo relámpago iluminó el gabinete, é hirió con su cárdena luz el retrato del General, que apareció á mis ojos lívido como un espectro.

El miedo, más que el miedo, la confusión y la vergüenza, invadieron de pronto mi espíritu: creía que el General en persona aparecía echándome en cara mi ingratitud, mi deslealtad, y con un movimiento brusco aparté de mí aquella mujer que me envolvía en los enervantes efluvios que se desprendían de su seno entreabierto, de las flores que la adornaban, de su cutis perfumado, de los pliegues de su ropa cargados con las emanaciones de sándalo y cedro de sus roperos.

Levantéme dando traspies como un beodo, tomé el sombrero y sin saludarla, salí enloquecido á la calle, donde caía el agua como de una catarata; y sin cuidarme de la lluvia, corri por calles y plazas, y entré en mi alojamiento, de donde no volví á salir hasta el día siguiente.



Tres trascurrieron sin que yo pusiese los pies en casa del General.

Al tercero, muy de mañana, me despertó la voz de mi protector, que preguntaba por mí en la antesala. Hicieronle penetrar en mi gabinete, y desde la alcoba le rogué me esperase un momento á que me vistiese.

—No hay prisa, me dijo. Puede Vd. vestirse con tranquilidad, porque nuestra conversación será larga, y tenemos tiempo de estar juntos.

Salí lo más pronto posible, tendíle la mano; pero me negó la suya, haciéndome sentar enfrente de él.

—¿Qué significa esto, querido General? le dije.

—Esto significa señor mío, que nuestra amistad ha concluido.

—¿Y eso?

—Yo creí que era V. un hombre leal, pero me hequivocado: ha abusado V. de mi confianza y de mi

bondad, y ha pretendido manchar mi nombre y mi honra.

—¡General!...

—Ni una palabra más. Comprendo que he sido un imprudente, y que yo no debí dejar expuesta á una mujer, aunque no niña, aún muy bella, á las seducciones de un mozalvete; por eso no castigo su osadía de Vd. como se merece; pero en adelante, ruego á usted continúe en el alejamiento en que ha estado estos días de nuestra casa; si algo se le ofrece de mí particularmente, ya sabe dónde voy todas las noches; allí nos veremos, porque yo no puedo olvidar que debo la vida á su tío de Vd., mi compañero de armas, y quiero pagarle en Vd. mi deuda de gratitud. Procuraré su adelanto en sus empleos, mi caja está á su disposición; pero no quiero que así vuelva á interpretar mis deseos de que distrajesen los ocios de la Condesa, Sr. Lovelace.

Quedé anonadado ante aquella filípica tan injusta en el fondo, y más que nada por lo raro del caso. ¿Cómo había podido saber lo que pasó en el misterio de un gabinete solitario?

—Pero, exclamé, ¿quién le ha dicho á Vd. que yo he abusado?...

—¿Quién? la misma Condesa.

—¡Ella!

—Ella, que no creía abrigar con el calor de su maternal cariño á un aspid venenoso como Vd.



Yo no sé lo que sentí entonces. Despecho, asco, ira, todo rugió á la par en mi corazón, y ya iba á declarar al General mi rasgo de virtud, semejante al de José huyendo de la mujer de Putifar, cuando el General levantándose me dijo:

—Con que... lo dicho: amigos de café y nada más. Tendióme la mano; yo no tuve valor para revelar aquel odioso secreto que me quemaba los labios, y le dejé partir.

Poco después, escribía á mi tío la verdad de lo ocurrido.

A los cuatro días recibía una lacónica carta en que me decía:

«Querido Manuel: Comprendo lo que ha pasado mejor que tú. Las mujeres tienen cuartos de hora terribles, que deciden á veces de su suerte; de ellos sa-

len esclavas ó señoras. Tú has despreciado ese cuarto de hora, y eres esclavo en vez de señor.

»La Condesa no te perdonará jamás, y no obtendrás ahora, por nada en el mundo, lo que tuviste en tu mano en algunos minutos de locura.

»Tu tío, que te desea con más experiencia

LÚCAS.»



La carta de mi tío ha sido para mí un curso completo en el arte de vivir sin hacer el tonto desde aquella fecha de inolvidable recuerdo.

La Novela Ilustrada

PUBLICACIÓN PERIÓDICA ECONÓMICA

Saldrá los días 15 y 30 de cada mes

Cada número constará de ocho páginas en tamaño pliego común, á dos columnas, y contendrá una bonita é interesante novela completa y original, ilustrada con láminas al cromo. Al fin de cada año formará un tomo de dimensiones muy regulares por un precio fabulosamente económico.

Precio del número corriente 15 cénts. de peseta

Id. atrasado 25 »

EN TODA ESPAÑA

Los que deseen suscribirse directamente á esta Administración, abonarán por adelantado 3 pesetas, y tendrán derecho á recibir franco de porte 24 números.

Las reclamaciones, correspondencia y pedidos al Administrador D. Guillermo Osler, Espíritu Santo, 18.—Madrid.

A los Sres. Corresponsales 2'50 pesetas la mano de 25 ejemplares.

PAGO ADELANTADO

Imprenta de G. Osler, Espíritu-Santo, 18.—Madrid.